

EN DEFENSA DEL FOOTBALL

«... y en que se fundan *footballs*, presenciándose, al revés del triunfo de la cabeza, el triunfo de los pies...!»

(LA REVISTA, núm. 1.)

El Director de LA REVISTA, nos obliga, contra nuestros deseos, á responder á su atenta circular, colaborando para su interesante publicación. Hubiéramos preferido conservarnos en el silencio y la uniforme opacidad de los modestos quehaceres cotidianos. Indudablemente que no por ese espíritu de adusto retraimiento, signo presuntuoso de la estultez intelectual, con que se han galoneado muchas de nuestras inteligencias inéditas; pero sí por una convicción personalísima, reforzada por observaciones diarias, que nos dice que poco valemos ahora, que quizá no valdremos nada en el futuro, y que es mucho mejor resistirse á las sugestiones del exhibicionismo, para no confundirse con esa desgraciada turba de incipiencias enfermizas, de precocidades barullentas, de mendicantes intelectuales que revolotean eternamente alrededor de la misma frase, y que empalagan siempre con la misma rima...

Pero, al señor Herrera y Reissig—que, dicho sea de paso, une á brillantes condiciones propias, genialidades de estirpe,—se le ha antojado que nuestra juventud debe descuidar su físico degenerado y misérrimo para gozar del concubinato con sus musas ideales....

Y todavía, haciendo un juego de palabras original y bonito, trata de ridiculizar esa noble inclinación que hácia los juegos atléticos está surgiendo en nuestra muchachada. Nosotros opinamos en sentido diametralmente opuesto. El *football*, como cualquier otra institución análoga, estará desprovista para el espíritu superficial de nuestra raza, de toda cualidad estética, y podrá

parecer algo materialmente grosero para el atroz subjetivismo de nuestra ambulancia literaria.

No lo entiende así una raza, que tendrá menos exhuberancias de imaginación, y menores osadías caballerescas que la nuestra; pero que nos aventaja en su mayor espíritu científico y en sus más grandes conquistas positivas; ni hablan así tampoco las últimas conclusiones de la ciencia, ni la historia de las grandes hegemonías del pasado, ni la voz profética del porvenir.

Por otra parte, no podemos comprender cómo es que se pretende que crezca y se desarrolle el vigor intelectual de nuestra muchachada, cuando la mayor parte de ella prolonga sus días á remiendos; cuando todas las vivacidades del espíritu, y todas las concepciones de la mente se debilitan y agostan, y acaban por ceder ante las exigencias de un organismo enclenque y raquítico.

Los estudios fisiológicos de los últimos tiempos, demuestran con pruebas concluyentes que los fenómenos orgánicos y los fenómenos intelectuales guardan una concomitancia recíproca y constante. Si el cuerpo es sano, si se encuentra en sus condiciones normales de robustez, claras, precisas y vigorosas serán las manifestaciones mentales. Toda irregularidad orgánica, todo estado patológico de la fisiología del individuo señala un tropiezo paralelo en las funciones de su inteligencia. ¡Predíquese con esto á nuestros jóvenes, de suyo desidiosos, que abandonen los *footballs* y los gimnasios y se entreguen á las vanas superfluidades de la literatural

Sin tener las ideas y los conocimientos avanzados de los contemporáneos; sólo con esa poderosa intuición que de sus destinos han tenido siempre las grandes sociedades, los griegos supieron hermanar á su inmortal condición de pueblo sábio, la heroica condición de pueblo fuerte. En la actualidad, la gente sajona, con menos grandeza de sentimientos pero con mayor robustez de criterio que nosotros, fija la fortaleza indiscutible de la raza, en los innumerables juegos atléticos con que educa á su juventud. Pueblo profundamente práctico, rigurosamente moral, suplanta garitos, casinos y plazas de toros con canchas de *footballs* y clubs de remeros; y mientras nosotros vemos caminar á pasos inciertos por nuestras plazas, esas precocidades macilentas y anémicas, como espectros ambulantes de nuestra chiflatura literaria,—ellos crean soldados viriles para la patria, y robustas generaciones para la sociedad.

El talento es patrimonio de unos pocos; la fuerza, de todo ser animado, hasta la última gradación de la escala zoológica. Aquel es innato, la otra adquirida. El primero superfluo, para las necesidades inmediatas del individuo; la segunda, imprescindible para su conservación y desarrollo.

Nadie niega la evidencia de lo dicho; pero lo curioso es que, entre nosotros, todos se creen privilegiados, y poseídos de geniales condiciones innatas. Nuestra caterva literaria, rasgo patológico de una sociedad enferma, aumenta por días, y entretanto los gimnasios mueren de inanición, se engrosa á cada hora con algún neófito, esos grupos de infelices degenerados que luchan y se denigran mutuamente, como habitantes de un conventillo, que en tal lugar son dignas de habitar las musas de muchos de nuestros escojidos.

• • • • •
Pedro Manini Ríos.